



Cuento

Natalia

Raúl Padrón Villafañe¹

Ella y yo parecíamos mutuamente perfectos, por eso, en ocasiones, mis amigos todavía me preguntan por la morena de aquella vez. Siempre digo que no la he vuelto a ver. Añado, a veces, que el problema con ella fue su mal gusto. Para demostrarlo, comento que su dulce favorito era una mezcla de emulsión de Scott con miel, cilantro y ajo que adornaba con una pizca de Chocolisto, y que le gustaba tanto que reutilizaba vasitos de gelatina para tener una porción siempre lista en la nevera.

Pero ese nunca fue el problema. He probado el menjurje y me supo a infancia y gloria. No, lo nuestro fue culpa de la velocidad. Me explico, ambos nacimos en el 83, así que crecimos queriendo imitar las carreras de Flash y los saltos hiperespaciales de Star Trek con su juego de luces, conducir a la velocidad intoxicante de la fórmula uno, o huir de los problemas como Speedy Gonzales y el Correcaminos. Llevábamos la velocidad en la sangre.

Por eso, entre nosotros el amor fue una carrera de 100 metros.

Sucedió que en nuestra tercera cita, después de ir a cine, la invité a un McDonalds. En la mesa de la izquierda, comiendo con ojos de culpa, encontramos a una pareja que no dejaba de hablar de su bebé. Poniendo cara de adulto, les pregunté si era el primero, y solté que Carlitos ya tenía tres años y se comía las crayolas.

¹ Comunicador social. Magister en Creación Literaria. Docente de tiempo completo del Proyecto Institucional de Competencias Comunicativas. E-mail: raul.padron@curnvirtual.edu.co



Ella, ni corta ni perezosa, dijo que estábamos esperando el segundo y acarició su barriga preñada de hamburguesa, papas, crispetas y gaseosa.

—Si es niña, le pondremos Eustacia Peregrina —sonreía y me miraba con ojos de amor.

Pronto nos hicimos amigos de la pareja y dado que tenían una niña de la edad de Carlitos, quedamos en vernos el siguiente sábado para que jugaran juntos mientras los padres preparábamos un asado.

Cuando se fueron, quisimos volver a ser dos casi desconocidos que empezaban a entenderse, pero el juego era adictivo y cuando íbamos para su casa, sin dejar de sonreír, mencionó que, tras tanto tiempo juntos le prestaba menos atención que antes, que debía esforzarme en reconquistarla.

Y yo le recriminé que dedicara todo el tiempo al niño, que no sabía ni cómo había quedado embarazada, porque en el último año solo habíamos hecho el amor tres veces.

Moríamos de la risa.

Frente a su edificio, me pidió bajar y saludar a Carlitos que debía estar despierto esperándome. Como no quería ser un padre ausente, parqueé, saludé al portero como si lo viera todos los días y subí tras de ella.

Tuve que esperar en la sala mientras arreglaba al niño, porque debía estar legañoso. Cuando entré a saludarlo, estaba escondido bajo las sábanas y le susurraba a su mamá que no quería que me fuera.

Nuestro matrimonio no había funcionado, esperábamos un bebe y nuestro hijo nos espiaba desde su escondite bajo las cobijas. Estuvimos analizando las opciones toda la noche, y cuando puse mi oído en su vientre y sentí a la niña patear como una campeona supe lo que



quería. Tenemos que darnos una segunda oportunidad, le dije y ella aceptó. El niño —un oso grande— dijo a la mamá que quería abrazarme y saltó feliz sobre mí.

Estuvimos un rato los tres en la misma cama, abrazados y felices, pero dormí en el sofá, porque que había que darle tiempo a las cosas. Lo importante es que toda la familia volvía a estar bajo el mismo techo.

Al despertar, el oso era un policía adulto al que el uniforme empezaba a quedarle pequeño. Y Natalia era una anciana triste que no dejaba de pensar en los innumerables ojos junto a los que hubiera deseado despertar durante nuestros treinta años de matrimonio.

Mientras desayunábamos, para molestar, comenté que no entendía cómo un hijo mío se había hecho policía. Ella, sin quitar los ojos del plato, dijo: Simplísimo, no eres su papá.

Lleno de dolor e ira, salí del apartamento dando un portazo y, traicionado por la edad y las rodillas, que llevaban diez años molestándome, caí por las escaleras.

Ella bajó tras de mí, se sentó en el penúltimo escalón, vio mi mirada agonizante y sin apartar los ojos dijo que alguna vez había sido el amor de su vida, que es increíble cómo cambian las cosas. Se levantó y volvió al apartamento para dejarme morir en soledad. Fue la última vez que la vi.

Intentamos acordar una cuarta cita, pero nunca ocurrió: ella no podía olvidar sus innumerables años de fantasear con otra vida, y yo me sentía raro saliendo con mi viuda.